

92

BIBLIOTECA

*Los Grandes Pelos*

La Novela Semanal Cinematográfica



LA LUZ DE  
LAS CANDILEJAS

por  
Elsie Ferguson,  
Réginald Denny,  
etc.

50 cts.

BIBLIOTECA

*Los Grandes Films*

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Director FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Via Layetana, 12 - BARCELONA - Teléf. 4423 A.

---

## LA LUZ DE LAS CANDILEJAS

Interesante producción americana,  
interpretada por los célebres artistas

ELSIE FERGUSON, RÉGINALD DENNY,  
etc.



Es una película PARAMOUNT

EXCLUSIVA DE

PARAMOUNT FILMS, S. A.

(Antes SELECCINE, S. A.)



Prohibida la reproducción  
Resumido  
por la censura gubernativa.

J. Barba, impresor - Barcelona

## La luz de las candilejas

Argumento de la película

En un tranquilo hogar de una pacífica aldea vecina a Boston vivía Lizzie Parsons con su abuela y su tía Abigail.

Lizzie, huérfana desde muy pequeña, había sido acogida amorosamente por los brazos tiernos de la abuelita y de la tía Abigail que, desahucias de amor, habían consagrado todos sus cariños a esa sobrina abandonada.

En aquella atmósfera dulce y serena, la abuelita y Lizzie conspiraban. Todas las noches las dos mujeres se encerraban en la habitación de la vieja y trabajaban con entusiasmo.

Lizzie era una enamorada del teatro, pero

ocultaba esa afición por temor a la tía Abigail, para quien la simpatía al arte era un vicio.

Sin que la tía se diese cuenta, Lizzie pasaba al cuarto de la abuelita y allí, en la paz de la casa dormida, la muchacha comenzaba a recitar sentidas estrofas dramáticas, incomparables versos que la hacían llorar de emoción. El optimismo juvenil de que estaba rodeada y el amor profundo que sentía hacia el teatro, la animaban soñando con las espléndidas horas de un triunfo asombroso.

La abuela se sentía contagiada por las ilusiones de su nieta y se hallaba convencida también de que Lizzie había de obtener grandes éxitos.

Una noche, Lizzie mostró a su abuela un recorte de periódico que decía:

*Oswaldo Kane, el empresario más famoso de Norteamérica, proyecta presentar a Frances Neilson en un nuevo drama durante la próxima temporada de Otaño.*

La jovencita borró el nombre de Frances Neilson y sobre él, escrito en lápiz, puso el suyo: Lizzie Parsons.

—¿Qué te parece, abuelita? ¿No crees tú también en que llegará ese día?

—Sí, querida Lizzie, tú serás una actriz famosa...

Después comenzó Lizzie a recitar algunos fragmentos de "Romeo y Julieta" y de pie

sobre la cama donde reposaba ya la abuelita declamaba con acento patético:

—Oh, Romeo, Romeo, ¿dónde estás, Romeo?

La tía Abigail, desde su cuarto, creyó sentir los ecos de aquella voz. Levantose de puntillas y entró a sorprender a las dos conspiradoras. En vano quiso Lizzie ocultarse bajo las sábanas. La tía, de un violento tirón desbizo el embozo y descubrió a la chiquilla.

—¿Otra vez con tu abuela? ¡Francamente, no sé cuál de las dos está más loca!

La vieja intercedió disculpando a la inocente. Y Lizzie, con su eterna confianza y optimismo, dijo:

—¡Estoy preparándome para la gloria!

—¡Cállate, insensata! Si no te quitas esas condenadas ideas de la cabeza, vas a deshonorar el nombre de Parsons.

La joven, sonriente, se encerró en su cuarto, y allí siguió viendo en sueños el homenaje de un público lleno de admiración que se rendía a la grandiosidad de su arte.

Todo lo vence la constancia. Al cabo de algún tiempo, a fuerza de conspirar con su abuela, Lizzie se lanzó al fin hacia la gran aventura.

Fué en vano que la tía Abigail suplicara y rogara por todos los santos que no cometiese lo que ella llamaba "una locura".



Lizzie, animada por la abuelita, moströse decidida a partir. Y un buen día de primavera, después de despedirse de la abuela y decirle que volvería a su lado cuando fuese un artista célebre, abandonó la aldea cercana a Boston para marchar a la gran ciudad de Nueva York.

Derramó algunas lágrimas al ver que el tren se alejaba de la tierra que había conocido su infancia y sus primeras ilusiones de adolescente, mas luego, a medida que el convoy iba deslizándose por campos desconocidos, sentíase inflamada de íntimo regocijo. Iba en busca de la gloria con la emoción de todo un amor juvenil.

Cuando distinguió los primeros y enormes rascacielos de Nueva York, experimentó un instante de congoja. Allí en aquella aglomeración de millones de almas, ella debería abrirse camino, imponerse a la innumerable legión de pobres artistas que jamás hallaron en su paso la fortuna. ¿Lograría destacarse, crearse un nombre en la gran ciudad de las supremas victorias y de los supremos desencantos? ¿Quién sabe! Y una voz interior, una voz que le parecía venir de muy lejanas tierras, le repetía como una música dulce: ¡Sí... sí! Y veía la cabecita de la vieja, aureolada de los nobles cabellos blancos, afirmando también: ¡Animo, chiquilla!

¡La abuelita esperaba la gloria!

Descendió del tren y penetró resuelta en la gran ciudad, en sus inmensas calles, arterias de encendida vida. Y valerosa, sin otro equipaje que su pequeño fío de ropas, se internó por ella con la sonrisa en los labios y la esperanza en el corazón...

Después de dos años de lucha incesante, Lizzie continuaba en una compañía de "la legua" de las peorcitas. En nada aquello se parecía a la gloria. Apenas un aplauso a su labor, una sonrisa agradable. Y así siempre, día tras día, sin una variación, en la mediocridad del anónimo, desde que llegara a Nueva York.

Mas, a pesar de todo, aunque seguía siendo una del "montón", no se desanimaba. La abuela había muerto sin tener el consuelo de verla vencer en su lucha por el vivir. Cuando falleció la viejecita, la tía Abigail mandó a Lizzie una carta y un relojito de oro. Muchas veces Lizzie había leído aquel escrito:

*Mi querida sobrina: Supongo que te causará un gran dolor la noticia de la muerte de la abuelita. Todo el invierno ha ido empeorando. Quería entregarte el reloj ella misma, pero no ha podido ser... Te lo mando para cumplir su voluntad.*

*Tu tía que te quiere,*

*Abigail Parsons*

El reloj contenía, bajo una de sus tapas, esta inscripción escrita de puño y letra de la abuela:

*No olvides que tu abuelita tiene fe en tu porvenir. No te causes un desengaño.*

¡Ah, cuántas veces, en las horas de duda e incertidumbre, había pasado sus ojos por aquellas breves líneas! Le daban ánimos para proseguir, alientos para no cansarse. Pero, ¿llegaría algún día aquella gloria tan esquivada, tan coquetuela que amaba a los que huían de su lado y no se mostraba apenas amica a los que pedían su amor?

Una noche, como de costumbre, Lizzie iba a actuar en el teatro de variedades de infima categoría.

Oswaldo Kane, famoso empresario neoyorquino y "descubridor de estrellas", había sabido que una muchacha "bastante lista" trabajaba en uno de los teatros de un barrio de gente pobre de la ciudad.

Al verle entrar en el salón de espectáculos, unos artistas comentaron:

—No sé quien le interesará de este programa a Oswaldo Kane... Es de lo peor que hemos tenido.

Un amigo de Kane la había informado de que Lizzie era una muchacha de mérito, muy superior a las que actuaban allí. Y el empresario, hombre conocedor del negocio, que sa-



ba que a veces en la obscuridad se oculta algo maravilloso y fantástico, acudía a enterarse por sus propios ojos.

Lizzie se arreglaba en su camerino. Aquella noche estaba algo desanimada. Contemplándose al espejo, creyó ver arrugas en su rostro y experimentó la emoción de ese terrible descubrimiento que hace temblar la carne de las mujeres.

—Tengo ya veintidós años — se dijo—. Pronto va a salirme la pata de gallo... Me voy a hacer vieja antes de haber tenido oportunidad de triunfar...

Fué llamada a escena. Lentamente se encaminó hacia las tablas. Levantóse la cortina y salió a cantar una canción melancólica:

*¡Ay, qué penita me da  
el estar lejos de ti!  
¡Los meses parecen años!  
¡Ay, ay, ay!*

Cuando acabó, sólo la "claque" inició unos débiles aplausos. Kane, que había escuchado a la muchacha con atención, sonrió con aire de duda. ¡No parecía gran cosa! Le habían engañado. Lizzie era vulgar como las otras artistas.

Lizzie volvió a su cuarto a cambiarse de traje para interpretar otra canción. La frialdad con que la acogían la hería de muerte... Y así

sería siempre. ¡Hacer inauditos esfuerzos por unos aplausos que jamás llegaban!

Acringojada por el pesimismo, tuvo que leer de nuevo las líneas que había trazado antes de morir la santa vieja. Después de leerlas, creyó sentir como una inyección de fuerza.

—¡Animo — se dijo — y no le des un desengaño! ¡Siempre adelante, que tú llegarás!

Ya no era ella únicamente la interesada en el triunfo; era la abuela, que desde el misterio del más allá la observaba, esperando la emoción de la victoria. ¡Por ella, por la viejecita!

Apareció de nuevo ante el público y cantó otro *complet* que fué recibido con el mismo silencio triste.

Un espectador de largas barbas negras dijo a Oswaldo Kane, su vecino de butaca:

—A mí me gustan más los números en los que hay animales y acróbatas.

Kane no le respondió. Había descaliento, comprendido que en el trabajo de Lizzie se encerraba algo mágico. ¡Quién sabe! Había que verla actuar en otra canción.

La tercera y última canción de Lizzie no se hizo esperar... Era algo desgarrador, melancólico, que sin poderlo evitar hizo derramar lágrimas a algunas espectadoras. Algo que encarnaba la propia tristeza de Lizzie. Al-

go nuevo, real, que salía de muy adentro y que le hacía imitar con perfección a las grandes artistas rusas.



*Apareció de nuevo ante el público y cantó otro "complet".*

Era la historia de una mujer abandonada la que Lizzie interpretaba a maravilla. Pare-

cía encarnarse tan hondamente con el personaje, que derramaba ella misma lágrimas de dolor...

Kane sonrió, pero sin ironía. ¡Magnífica creación! ¿Con qué sinceridad y belleza interpretaba aquella jovencita los grandes sentimientos del amor y el dolor! Tenía dominio del gesto, una voz de oro, una expresión ideal. Además, la peluca rubia que llevaba para aquella canción, le daba un aire exótico, de mujer nacida en las estepas de Rusia.

Levantóse Kane, decidido, y marchó hacia los cuartos de las artistas. Los que le veían no ocultaban su extrañeza. Todos le conocían como el empresario formidable que había lanzado a más de una artista a la gloria. ¿Por quién se interesaría él?

Lizzie, después de algunos aplausos con que fué recibida su labor, se encerró otra vez en su pequeña habitación... Estaba cansada... Tenía bruscas variaciones de sentimientos, pasaba del optimismo a la melancolía de la desdicha. Y así un día y otro día y una noche tras otra, siempre en camerinos tristes, desoladores. ¿Sería esto eterno?

Alguien llamó con los nudillos a la puerta. ¿Quién podía ser?

—Adelante...

Apareció la figura del empresario Oswald Kane.



- ¿Es posible, señor Kane? ¿Usted aquí?  
— exclamó extrañada la joven.  
— Le sorprende mi visita, ¿verdad?



*...siempre en camerinos tristes, desolados...*

Sentóse en un sillón. Lizzie, aturdida, esperaba conocer el objeto que le había traído al

camerino, Kane, mientras se sacaba los guantes, explicó:

—He visto su trabajo... Usted tiene mucho talento natural... Lo que le falta es técnica teatral, pero con un poco de paciencia y mucha experiencia, podría usted llegar...

Ella escuchaba anhelante. Aquel hombre manejaba a su antojo los hilos del triunfo o del fracaso. Cuántas veces en la paz de su aldea campesina había soñado con su poder! Y ahora estaba allí por ella, ¡Mágico ensueño!

Kane prosiguió:

—Si no tiene usted inconveniente en ponerse bajo mi dirección, sin condiciones; si se resigna a obedecer como un soldado a su jefe, haré de usted quizás una gran artista.

—Señor Kane, pero, ¿es posible que usted se haya fiado en mí?

—¿No lo está viendo? Le repito que haré de usted una buena artista y ganará mucho dinero... No seré avaro con usted. A mí el dinero no me importa; lo que me importa es el arte, ¡Y usted no debe pensar más que en el arte!

—Acepto cuanto usted me dice, señor Kane — contestó ella, emocionada.

—Para formular las condiciones, pase usted por mi despacho el lunes por la mañana. ¿Cómo se llama usted?

—Lizzie Parsons...

—Bonito nombre, pero de casa. Y Nueva York aprecia más a los artistas extranjeros que a los talentos artísticos del país... Usted tiene



*—Le repito que haré de usted una buena artista y ganará mucho dinero...*

algo de ruso en el tipo... La expresión, el perfil. ¡Ah, va! Va a ser usted una gran actriz rusa descubierta por Oswaldo Kane.

Yo... una artista rusa...

—¿Por qué no? Cúñle en mí. No desmaye. Dentro de poco haré de usted una artista deslumbradora.

Se despidió de ella. Lizzie le acompañó hasta la puerta.



*Lizzie le acompañó hasta la puerta.*

Cuando Kane abandonó el camerino, la dulce muñeca de aldea lloró de felicidad.

—¡Gracias, Dios mío, gracias! — murmuró.



Por fin, en las borrascas de aquellos dos años, lucía el sol. Oswaldo Kane, el magnífico empresario, se interesaba por ella, la ponía bajo su protección y cuidado. Y Kane significaba muy bellas cosas soñadas por ella y la abuelita. Kane era la gloria, el dinero, el lujo, la popularidad, todos estos grandes personajes que se rendirían ante su arte y le prestarían adoración.

El lunes siguiente, Lizzie fué al despacho de Kane y firmó un documento por cinco años con opción para otros cinco.

Después de varias cláusulas en las que se señalaba las importantes cantidades que ella debía percibir por su actuación artística, estaba la siguiente:

*La contratante se obliga a no revelar a nadie su verdadero nombre de Lizzie Parsons, sino que en lo sucesivo usará en todos los casos el de Lisa Parsinova y se hará pasar por rusa.*

—¡Magnífico! — dijo Kane, después que ella hubo firmado—. Y ahora a transformar a Lizzie Parsons en Lisa Parsinova.

—¡Lisa Parsinova! — exclamó ella, deslumbrada.

Y sintió el escalofrío de una vida nueva. Había muerto la dulce e ingenua Lizzie, la campesina amable e inocente, y en su lugar aparecía una famosa artista rusa, una mujer de glorioso pasado.

Todo parecía sonreír ante ella. El triunfo no era ya algo enigmático como en otro tiempo; tenía una forma positiva y real.

En un magnífico departamento, bajo la dirección de una familia rusa que le había proporcionado Kane, Lizzie se sumergía en el trabajo más duro de su existencia.

Era necesario que adquiriese aire y costumbres exóticas. La familia rusa le enseñaba el idioma de su lejano país y Lizzie realizaba grandes esfuerzos para poder acostumbrarse a hablar en aquella lengua desconocida.

Un profesor de esgrima le daba lecciones de florete y lo manejaba ya con perfección.

Un día, al finalizar el asalto, Lizzie preguntó a su profesor:

—¿Qué le parece? ¿Voy adelantando en el manejo del arma?

—¡Magnífico! ¡Magnífico! ¡Pero hable usted en ruso!...

Ella lo repitió en el idioma moscovita.

Un desco loco de aprender el idioma, de mantenerse en una "pose" interesante, le hacía vivir con frenética actividad. Había que dar

pronto el supremo golpe, se acercaba la hora del debut.

Kane no perdía el tiempo. Estaba convencido de que Lizzie era una joya a la que sólo



*Un profesor de esgrima le daba lecciones de florete...*

faltaba pufir, y quería presentarla ante el público neoyorquino con la maravillosa seducción de lo exótico.

Había hecho publicar en todos los periódicos un suelto que decía:



*Se rumoreó que un famoso empresario ha descubierto una "nueva estrella", una eminente actriz rusa que ha delitado a más de una testa coronada. Recién llegada de Londres, donde conquistó grandes triunfos, próximamente aparecerá ante el público americano.*

Kane frecuentaba un círculo de gente rica. Brett Page, un joven nacido en pañales de oro, a quien la experiencia le había enseñado a respetar la honradez ajena, acercóse al empresario para mostrarle el diario.

—¿Ha leído usted eso? Debe referirse a usted, Kane. Cuénteme, cuénteme todo lo que sepa de ella...

Habíanse acercado otros socios del círculo y rodeaban a Kane ansiosos de saber alguna noticia de aquella artista enigmática.

—Ya tendrán ustedes tiempo de hablar con ella — respondió Kane, satisfecho —, cuando madame Parsinova tenga suficientes conocimientos del idioma inglés.

—¿Estudia nuestra lengua? — respondió Page —. Admiro su fuerza de voluntad si intenta conquistar un idioma extranjero y una gente extraña.

Uno de los amigos intervino:

—A juzgar por lo que de sus aventuras amorosas cuentan las crónicas, la chica debe ser incendiaria... ¿No es eso, amigo Kent?

—Es lo más probable.

Luego, despidiéndose de sus amigos, marchó al "chalet" donde Lizzie vivía.

Lizzie había terminado su sesión deportiva y tomaba el té.

El ruso que la dirigía le advirtió:

—Si quiere usted ser buena rusa, tiene que tomar té a todas horas.

Ella se resignó a esa bebida con el ansia de aparecer en todas partes como una verdadera extranjera.

Luego le obligaron a tomar arenques.

—Si quiere ser como nosotros, tiene que comer arenque ahumado.

Negóse Lizzie, pero instada por sus preceptores, tuvo que conformarse con aquel antipático manjar. ¡Cuántos sacrificios costaba aparecer como una rusa auténtica!

Cuando llegó Oswaldo Kane, ella salió a recibirle con un gatito en los brazos.

—La alumna comienza a escribir y hablar en nuestro idioma como cualquier ruso — explicó el preceptor.

Kane estaba contento. ¡Bien, bien, encantado!

—Debe usted empezar a ponerse ya trajes exóticos y raros como si fuesen parte integrante de su persona.

Lizzie sonrió; siempre estaba dispuesta a complacer a su protector.

Viendo Kane el gato que la joven llevaba, le dijo:

—Un gatito no es un animal ruso. Tiene usted que buscar un animal excéntrico... Un mono de pelo largo, por ejemplo...

—Los tengo un miedo terrible a los monos —respondió la ingenua.

—Hay que sacrificarse, chiquilla... De todo esto depende su triunfo. ¿Ha visto lo que dicen de usted los periódicos? Uno habla de que se baña usted en champaña y que le ha hecho el amor más de un príncipe heredero...

Le entregó el periódico en que venían insertas estas noticias. Por primera vez, Lizzie intentó protestar:

—Pero eso es mentira; yo no he hecho nunca nada...

—No se preocupe... Una actriz sin su correspondiente escándalo amoroso, es inenunciable. Si no tiene usted uno o dos, habrá que inventarlos... El negocio así lo exige...

Lizzie movió la cabeza con aire de duda y hojeando un pequeño álbum en que estaban las fotografías de sus padres y la suya propia en traje de campesina, dijo:

—¿Si estos pobres antepasados míos oyen estas asombrosas historias!

Kane cogió el álbum, miró los retratos y al ver bajo la fotografía de Lizzie su nombre, indicó:

—Oígame usted. Pronto la dejaré a usted esa gente rusa. Para sus nuevos criados usted debe ser Lisa Parsinova. Por eso no deje usted este álbum a la vista.

—¿Tan grave es ocultar mi nombre y mi verdadero pasado?

—¡Figúrese usted! Si el público llega a descubrir la burla que hacemos de él, la ruina de ambos es inminente.

Ella, entonces, ocultando en un armario aquel recuerdo de familia, respondió con firme convicción:

—Lizzie Parsons ha muerto... Lisa Parsinova es creación de usted... Le debo a usted cuanto soy y valgo...

—Confíe en el porvenir... ¡El triunfo es nuestro!

Marchó Kane y Lizzie sintióse más alegre que nunca.





Después de muchos meses de intensa preparación, se acercaba la hora de vencer. Eminentes profesores de declamación habían perfeccionado maravillosamente sus movimientos y su voz. Aseguraban que la muchacha triunfaría de modo rotundo.

Lizzie había adquirido ya todo el aire de una gran artista. Vestía exóticamente con coloradas túnicas y envolvía su cabeza con una especie de turbante de velos y pedrería... Hablaba casi siempre en ruso, y cuando tenía que hacerlo en inglés procuraba efectuarlo con acento extranjero. No debía faltar ningún detalle a la farsa.

Y llegó el día culminante, el momento del debut. La intensa propaganda efectuada había llevado un gran gentío al teatro donde por primera vez Lizzie se mostraría ante el público.

En su camerino, Lizzie vestíase nerviosa-

mente. Aquella noche era decisiva, podía levantarla o hundirla para siempre.



*Lizzie había adquirido ya todo el aire de una gran artista....*

Tuvo miedo. ¿Y si fracasaba? ¿Y si la silbaban? ¿Y si los sueños de gloria se venían abajo con profundo estrépito? Buscó el reloj

de su abuelita, y sacó de su caja el papelito escrito por sus manos venerables.



*Vestía exóticamente...*

*No olvides que tu abuelita tiene fe en tu porvenir. No me causes un desengaño...*

¡Ah, abuelita buena! ¡Había llegado el momento! ¡Tenía que jugarse el todo por el to-

do! Y con la confianza y el recuerdo de aquella buena mujer que nunca había desfaltecido, Lizzie salió a las tablas. Desde el primer momento se impuso y su voz no tembló ni un instante.

Desde el palco proscenio, Oswaldo Kane vigilaba... También él estaba impaciente. ¿Triunfaría? ¿No la perjudicaría la emoción?

Más no. El drama del que ella era protagonista arrancaba estruendosos aplausos. Los recitados, los gestos de Lizzie maravillaban a los espectadores. ¡Qué cosa tan soberbia! Su voz era oro puro, canción de luz y de vida. Oyéndola recitar con aquellos delicados matices que tenían ranto de agua y queja de ruiseñor, mil pechos estaban pendientes de respiración. ¡Bravo... bravo... divino!

Uno de los espectadores, elegante caballero que se las ochaba de listo, advirtió:

—Temperamento, temperamento ruso, algo de que carecen nuestras compatriotas, y que no poseerán nunca.

Cuando bajó el telón se reprodujeron las ovaciones ensordecedoras. El público, puesto en pie aclamaba a aquella famosa artista que a los méritos innegables de su arte añadía la historia de un pasado gentil como el de una princesa versallesca.

Ella contestaba emocionada al entusiasmo. Reía y lloraba... Entre las lágrimas que em-



pañaban sus ojos creía ver el rostro de una viejecita, su dulce abuela, cuyas sarmentosas manos se rompían en un aplauso de amor...



*...los recitados, los gestos de Lizzie marcaban a los espectadores...*

Después el público requirió a las tablas la presencia del famoso empresario que había

sabido contratar a tan notable artista. Kane, satisfecho y jovial, pensando en la fortuna que el éxito significaba, contestaba sonriente a las ovaciones.

Después marchó al camerino de la triunfadora. Una legión de elegantes conquistadores esperaba ante la puerta para felicitar personalmente a la nueva artista de moda.

Kane sonrió... y entró en la habitación.

—¡Hemos vencido, chiquilla!

Ella le estrechó la mano con profunda alegría.

—Gracias a usted, a su protección...

—Y su mérito... Usted, eminente Lisa Parsinova, se lo merece todo... Y a propósito, tendrá usted que recibir a varios admiradores que la esperan... Ya conoce usted mi deseo: mucha despreocupación, carácter sorprendente, raro; esto es el mejor medio para triunfar...

—Lo sé, lo sé...

Fueron introducidos en la sala varios elegantes caballeros y algunas muchachas que se habían convertido en admiradoras de su glorioso arte. Ella, envuelta en un gran manto verde, repartía saludos y sonrisas. Iba con un perrito chino en el brazo y tenía un mono en una esquina del salón.

Entre los admiradores de Lizzie estaba Brett Page, quien le dijo, después de besar su mano:

—Soy un admirador entusiasta de todas las

artes, señora... Pero el arte de usted me entusiasma.

Ella miró a ese joven y sonrió... Luego, con



—El arte de usted me entusiasma...

ademán principesco, invitó a todos a beber licor.

Pasaron deliciosamente largo rato. Un vie-

jo, que estaba con los ojos fijos en Lizzie, le dijo, de pronto:

—¿Sería usted tan amable que me regalase un rizo de sus cabellos?

—Pues no faltaba más. En seguida!

Salió con el perrito a la habitación contigua. Tras ella fue Oswald Kane.

—No niegue usted nada de lo que le pidan. De todos los rizos que quieran — le advirtió el empresario — ¡Hay que hacerse célebre!

—Me quedaré calva... A menos que...

Y con ademán infantil, cogió unas tijeras y cortó un rizo del perrito.

Oswald rió:

—Perfectamente... es la manera de que conserve usted intacto su cabello y complazca a sus admiradores.

Volvieron a la sala. Ella, con gesto gracioso, entregó al admirador el pelito del can. El caballero besó con emoción aquel recuerdo. ¡Cómo oían aquellos cabellos!

Para complacer a los concurrentes, Lizzie recitó varios versos y trozos dramáticos.

Los aplausos eran el premio a su arte.

—¡Qué pasión! ¡Qué gracia! ¡Qué expresión en el rostro! Es la misma alma de Rusia — dijo un caballero a Kane.

El empresario sonrió y dirigiéndose a Lizzie, le dijo en voz baja:



—¡Más pasión! ¡Hay que halagarles con una verdadera escena rusa!

Con un gesto de inteligencia, Lizzie salió del camerino. Y ya en la estancia contigua, empezó a gritar y a ahofetear a la criada negra que tenía a su servicio con tales gritos, que todos corrieron a ver lo que sucedía.

Descubrieron a Lizzie, magnífica en su indignación, gritando enfurecida contra su doncella:

—¿Quién fué el que trajo a mi casa este demonio con falda? ¡Quién?

Arrojaba objetos a la criada, platos, bibelots, frascos de perfume. La muchacha pudo librarse difícilmente de recibir serios golpes. Mas no pudo evitar que uno de los proyectiles le amoratara un ojo.

Lizzie, al ver a todos sus admiradores ante ella, les dijo, mientras la criada desaparecía:

—Perdonen ustedes. . . No he podido evitarlo. Esa doncella me había insultado. En fin, olvidemos todos el incidente...

La reunión se prolongó hasta muy entrada la madrugada. Lizzie salió un momento para visitar a la doncella, dándole un billete de banco en compensación de los golpes recibidos.

—Perdona, Ceferina, que lo del ojo no es nada. Está un poco morado, pero no es nada.

Me vi obligada a pegarte por una tontería mía. No volveré a hacerlo.

La negra, después de guardarse el billete y perdonar de todo corazón los arrebatos de ira de la señora, le respondió:

—A este precio puede usted enamorarme el otro ojo si quiere...

Los amigos de Lizzie comentaban el suceso:

—En una mujer de las nuestras, esta escena hubiera sido chocante, pero esa criatura exótica tiene el don de poner arte en todo cuanto hace y dice.

Se despidieron de la ruidadora... Kane marchó también... Pero el joven Page permaneció aún en el camerino con la mirada fija en los ojos bellos de Lizzie. Esta "rusa" le había causado una impresión inolvidable.

—No he querido irme hasta estar seguro de que sus nervios se habían sosegado — le dijo.

—¡Ah, mi amigo! — contestó la joven, riendo—. ¡Tengo corazón de tigresa!

Vió que se acercaba el mono y le dió un violento puntapié.

—Yo creí que quería usted mucho al animalito — dijo Page—. Como veo que lo tiene usted en el camerino.

—Es porque en él creo ver el alma de mi

tio, un gran almirante bolchevique — contestó con una gran carcajada burlona.

Y contemplando las muñecas graciosas del animal, añadió:

—Sí... ¡No hay duda de que se parece mucho a mi tío!...

—Bueno... señorita Parsinova... ¿Me permitirá usted que la vuelva a ver?

—Con mucho gusto.

—¿En su casa? ¿Dónde vive usted?

—¡Ah, no! ¡Aquí, únicamente aquí!...

Tendió con adentada fatigada la mano a Page, y éste se retiró, interesado por aquella simpática criatura.

Cuando Lizzie quedó sola, regresó a su casa. Estaba realmente cansada. ¡Tantas emociones en una noche! Sentíase fatigada de mentir, de representar aquella farsa de mujer exótica, terrible, cuando era en realidad una pobre chiquilla de vida plácida y honesta. ¡Oh, aquel ambiente! Pero había que vivir en él si quería conservar las pieles de la victoria.

En días sucesivos continuaron los éxitos. Luego, al regresar a su casa, voló en su propio cuarto. Lizzie Parsons parecía recibir su propia personalidad. En su hogar dejaba de ser la actriz famosa, de nombre extranjero, para convertirse en la aldeana apacible...

Entonces se despojaba de la peluca rubia que llevaba y aparecía con su cabello negro, y dejaba la túnica y el turbante para ponerse un sencillo traje de casa.

Etta Kronger, la doncella que había substituido a la familia rusa, no estaba exenta de curiosidad.

Cierta día espío por el ojo de la cerradura lo que hacía su señora. Le extralio verla sin peluca, vestida sencillamente y contemplando un pequeño álbum de fotografías.

La criada llamó a su cuarto. Lizzie ocultó en un cajón los retratos que le hacían pensar en su pasado, y poniéndose de nuevo la peluca y el traje oriental fué a abrir.



No le pasó inadvertida a Etta esta transformación. ¡Demonio! ¡Allí había algún misterio que convenía descubrir!



*...sola en su propio cuarto, Lizzie Parsons parecía revivir su propia personalidad.*

La doncella le entregó una caja que acababan de enviar. Contenía un hermoso ramo de flo-

res. Lizzie, en su papel de "rusa", con aire altivo de mujer elegante, gritó:

—¿Quién ha sido el atrevido que ha tenido



*Las flores venían acompañadas de una carta.*

el valor de averiguar mi dirección que con tanto cuidado guardo en secreto?

Las flores venían acompañadas de una carta de Brett Page que decía:

*He cometido todas las crímenes imaginables exceptuando el del asesinato para saber su dirección. No quiere usted dar un paseo conmigo esta tarde después de la función? Recuerde que hoy es el primer día de primavera...*

Lizzie se echó a reír... No le disgustaba aquel joven que reía algunas noches en su camerino. ¡Pero, bah, no tenía tiempo de entretenerse con aventuras de amor! Lo esencial eran sus triunfos, cada día mayores.

Después de la función de la tarde, al salir del teatro, Page la aguardaba. La saludó con ademán gentil y ella no se atrevió a rechazarle... El empresario vió de lejos a la muchacha y frunció el ceño al sorprenderla acompañada de un hombre.

Page y Lizzie pasearon lentamente por la ciudad.

—¿Por qué se empeñó usted en descubrir mi dirección? ¡Estoy muy enfadada con usted!

—Regáñeme cuanto quiera, así será más divertido el paseo. Ha de saber usted que la quiero...

—No diga eso... ¡Es un absurdo... un imposible!...

Page la acompañó hasta la puerta de su casa.

Aquella noche la muchacha se sintió invadida por extraña desazón... ¿Qué le ocurría?... Sin que pudiera evitarlo, la imagen de su admirador Page acudía a su memoria.

A aquel paseo siguieron otros. Sin saber por qué, Lizzie se sentía atraída hacia su admirador. Y una tarde que fueron de excursión en automóvil, en Ensenada Verde, no lejos de la aldea donde ella naciera, merendaron en pleno campo.

El seguía en su canción amorosa y Lizzie, prosiguiendo su táctica de mujer extraña, superior, reía con gran risa burlona... No creía en el amor, no creía en el cariño; Lisa Parsinova, que había recorrido algunas veces el mundo, sabía lo ingratos que eran los hombres... ¡Farsantes! ¡Embusteros!...

Y mientras hablaba, un profundo dolor le atenazaba el corazón. Lisa Parsinova no podía mostrarse ingenua ni enamorarse verdaderamente de nadie; ella, que había tenido numerosas aventuras de amor, no debía caer en las ridiculeces de sentirse enamorada de veras.

Pero en cambio, Lizzie Parsons, la verdadera mujer que había en ella, experimentaba por Page una simpatía inmensa, algo que bien podía decirse era su primer amor.

Reía forzosamente, escuchando las palabras de su amigo. Acarició con mimo a su perrito. Page, de pronto, la hizo observar:



—Este perro necesita cuidado. Parece que se le cae el pelo...

Se quedaba calvo a causa de los "regalos" que tenía que hacer su dueña.

—Sí, lo he notado... Habrá que ponerle en cura — respondió Lizzie.

Page insistió en su pretensión amorosa:

—Es usted una mujer encantadora, porque tiene el valor de no disimular su personalidad, de presentarse a todos tal como es... El domingo que viene iré a cenar con usted... a su misma casa.

Lizzie hizo un gesto de protesta.

¿Hay algún motivo poderoso que me impida ir?

—Ninguno... pero usted sabe que yo no puedo quererle...

—No pierdo esa esperanza... Adivino en sus ojos el amor...

—No es verdad...

Y se sintió estremecida viendo descubiertos sus pensamientos. Amaba a aquel joven que no parecía un tenorio vulgar ni casquivano, sino un hombre reflexivo y valioso.

La continuación de aquellos paseos llamó la atención de los que se preocupaban de las menores acciones de la artista de moda. Y un día apareció esta noticia en la prensa:

*Cierto joven, soltero y millonario por más señas, parece tener especial predilección, de*

*unas semanas a esta parte, por el arte ruso. Se dice que sus investigaciones han llegado más allá que las de nadie.*

*Brett Page es uno de los asiduos concurrentes al camerino de Madame Parinova.*

Aquella noche, después del acostumbrado triunfo de Lizzie, ésta recibió la visita de Oswaldo Kane. Su actitud era severa y llevaba en sus manos un periódico.

—Lea... ¿Qué hay de eso? — preguntó.

Ella se enteró de la noticia y sonrió:

—Nunca leo esas detestables cosas que les hace usted decir de mí a los periódicos.

—Aquí hay un párrafo que no lo he inspirado yo... — replicó severamente. — ¿Hay algo de verdad en lo que dice?

—Si lo hubiere, el asunto sería de mi exclusiva incumbencia, ¿no le parece? — respondió en tono desabrido.

—Escuche usted. Si algún hombre llega a descubrir la verdad acerca de usted, mi carrera y la suya terminarán inmediatamente. Usted no debe tener amores con nadie; sólo los inventaremos en los periódicos... Corre peligro de que alguien se entere de su personalidad.

Ella asintió, inclinando la cabeza... Estaba destinada a no poder amar...

—Lizzie Parsons no puede interesar a un hombre que se siente atraído por Lisa Parsinova... ¿Entiende usted?... No quiero amores que puedan comprometerlos a los dos... Rompa en seguida con Page, le prohíbo que se relacione con él...

Cuando el empresario hubo salido, ella se dio cuenta de su verdadera situación. Había vencido en escena pero a su vez su corazón estaba también vencido... Tenía que mantenerse con todos fría, extraña, caprichosa, como la mujer que ha vivido mucho y cambia constantemente de amante... La otra mujer que había en ella, la verdadera, la Lizzie Parsons que no había muerto ni los hombres podían matarla, ésta, aunque amase, aunque sintiera la primera pasión de su vida, no tenía derecho a decirlo...

Si era necesario desengañar completamente a aquel mozo que estaba enamorado de ella.

Al día siguiente la curiosidad de una doncella descubrió el secreto de Lizzie.

Lizzie se encontraba en el teatro y Etta, la criada, curioscando por el cuarto de la señora, abrió un cajón y vio el álbum de retratos. Lo hojeó rápidamente y su sorpresa fue enorme al hallar la fotografía de una muchacha.



cha aldeana, vestida pobremente, cuyo rostro era absolutamente idéntico al de la "rusa"...



— ¿Entiende usted? No quiero amores que puedan comprometerme a los dos.

Debajo del retrato había un nombre: Lizzie Parsons. ¿Qué significaba aquello?

¿Cómo Lizzie Parsons era igual, absolutamente parecida a la artista Lisa Parsinova?

Prosiguió sus investigaciones y encontró el contrato. Leyó asombrada una de las cláusulas de él.

*La contratante se obliga a no revelar a nadie su verdadero nombre de Lizzie Parsons, sino que en lo sucesivo usará en todas las cosas el de Lisa Parsinova y se hará pasar por rusa.*

Una sonrisa de triunfo iluminó el rostro de la doncella. ¡Soberbio descubrimiento! Aquella rusa era una farsante! Y Uta estaba segura de haber encontrado un buen negocio. ¡Era necesario que la pagasen bien si querían sellar sus labios!

¡La famosa rusa! ¡Una aldeana de las cercanías de Boston! Luego, contemplando el álbum, vió todos los individuos de la familia de Lizzie... ¡Gente campesina, infeliz!... ¡Ah, la farsante!

Ocultó en su cuarto el contrato y el álbum de fotografías y se propuso esperar ocasión propicia. Había que dar un golpe.



Llegó el domingo, día en que tenía que ir a comer a su casa el millonario Page. En su habitación, Lizzie se arreglaba vistiendo su traje más original... Tenía que proseguir la farsa... La máscara era la de Lisa Parsinova, pero el corazón era el de Lizzie Parsons.

Contemplándose al espejo, viéndose vestida de tan exótico modo, se dijo en un arranque de pena:

— ¡Traidora, embustera! ¡Quisiera poder presentarme a él como quien soy en realidad!

Porque le amaba, quería a aquel elegante mozo cuyas palabras subían a núcleos de amor... Pero ¡ay! A Brett Page le gustaba que le viesen en compañía de la actriz Parsinova, pero se burlaría de la pobre y sencilla Lizzie Parsons. Además, Kane le había prohibido aquella relación.

Y el corazón de Lizzie era el de la aldeanita pura, ingenua, el de los consejos de la abuelita muerta, el de la casa de campo llena de amor y de paz... Su existencia de artista no respondía a la verdad de su alma...

Olvidando sus dolorosos pensamientos, esperó la llegada de Page. Este no se hizo esperar.

El corazón de Lizzie latió con violencia al ver al joven en su casa. Si pudiera decirle... que toda la "pose", el gesto soberbio y las maneras de ella eran mentira... embuste...!

Lo recibió con su característica tranquilidad de la mujer amada por muchos, que se burla del último enamorado. Era una gran comedianta, realizando soberanos esfuerzos para ocultar la verdad de su alma.

Cenaron juntos. La tranquila y suave luz que proyectaban los leños encendidos de la chimenea, producía una sensación de dulce calma de hogar.

Y los dos trataron de poner pronto fin a aquella velada apacible y silenciosa durante la cual ni él ni ella se atrevían a manifestar sus verdaderos sentimientos.

Pero cuando hubo terminado y después de tomar el café, Page, que se había enamorado realmente de aquella mujer con toda la intensidad de su corazón, le dijo:

— Lisa... Lisa, ¡quiero que seas mía!

Pretendía abrazarla, pero la joven le rechazó.

— ¡No, no puedo ser tuya! ¡No puedo ser de ningún hombre!

Aquel gesto de repugnancia, de valor, sorprendió a Page. Entonces, ¿todas aquellas conquistas que pregona la prensa?...



—¿Es verdad lo que dicen los periódicos?  
— preguntó.

No... no... mienten... mienten...

Los ojos de Page se llenaron de gozo.

—Ya me figuraba yo que eran mentiras de Kare — dijo — Quiero sacarte de esa vida de embustes... Quiero que seas mi esposa...

—No es posible, Page... tú no sabes...

—Te quiero, te amo, Lisa... Me gusta tu porte extranjero, tu andar; me gustan las adorables maneras que caracterizan a Lisa Parsinova...

Estas palabras hicieron pensar a Lizzie en su situación. ¡Bah, aquel hombre la quería porque ella era la triunfadora... cuya historia iba de boca en boca. ¡Pues a matar aquel amor, y pronto!

Lanzó una gran carcajada y volvió a adquirir el gesto burlón y la mirada altiva.

—¿Le gusto a usted en el papel de ingenua? — dijo — Es precisamente mi papel en el drama que voy a estrenar pronto... Me gusta ensayar de vez en cuando...

—¿Qué quiere usted decir? — respondió Page con dolor.

—¿Creía usted que la gran Parsinova no era más que una muchacha campesina a quien jamás labios de hombre besaron?... ¡No, es usted muy poca cosa para mí, amigo!...

En vano insistió él pintándose como el más

enamorado, el más rendido de sus adoradores... Lizzie reía... reía... La máscara de Lisa Parsinova se hablaba grotescamente de aquel amador, pero el corazón de Lizzie Parsons temblaba de pena... ¡Sufrir en silencio! ¡Tenía que hacer esto! ¡Sufrir, sin derecho al amor! Ella hubiera amado con amor puro y la historia de Lisa Parsinova le impedía aquella ingenuidad.

Page se despidió disgustado, comprendiendo que era muy poco para aquella gran triunfadora... ¡Y la amaba, la amaba realmente con todo su corazón!

Cuando Lizzie quedó sola rompió a llorar amargamente. Mirándose al espejo, dijo:

—¿Te quiere a ti? ¡Está enamorada de tu acento extranjero, de tu porte, de tu andar! Ah, si yo pudiera matarte, Lisa Parsinova...

Si pudiera matar a la máscara que ocultaba su corazón... ¡Si pudiera ser sencillamente Lizzie Parsons!...

Enloquecida de rabia, obligada a mostrarse siempre fría y burlona, ocultando los verdaderos sentimientos de su corazón, cogió un objeto y lo tiró contra el espejo que se rompió en varios pedazos.

Luego arrepintóse de su acceso de furia. No, no era feliz... ¡Aquella Lisa Parsinova la mataba... ya que la impedía querer!



Las primeras luces de la aurora no podían disipar la interminable procesión de pensamientos que la atormentaron durante la noche... La obligación que había contraído con Kane, su amor por Page, el amor de Page por Lisa Parsinova...

La doncella le entró el almuerzo. Apenas contestó Lizzie al saludo que ella le hizo.

—¿No está satisfecha de mí, la señora? —dijo Etta.

—Sí... ¿por qué me lo preguntas?...

—Quizás la señora no tenga inconveniente en hacerme un pequeño regalo...

—¿Por qué?

Ella le mostró el álbum y el contrato. Asombrada se preguntó Lizzie cómo habían podido ir aquellos objetos a manos de la doncella. ¿Estaba perdida!

—Es muy poco pedir señora... Con mil dólares me conformo... Piense usted cuánto me

pagarian los periódicos por tener la historia de Lizzie Parsons...

Indignada, víctima de aquel miserable "chantage", Lizzie levantóse de la cama y extendió el cheque pedido a cambio de los comprometidos documentos, que cerró bajo llave.

De nuevo acababa de traicionarle la doncella, pues del álbum había Etta quitado el retrato de Lizzie... ¿Todavía aquello le podía proporcionar más dólares!

Atormentada por tan intensas emociones, Lizzie deseaba que terminase cuanto antes la temporada de teatro. No había vuelto a ver a su enamorado Page desde el día de la cena... Ella, a pesar de todo, en su recuerdo, seguía queriéndolo...

Afortunadamente, al final de aquella semana, llegó la última noche de la temporada de la Parsinova.

Los aplausos, las ovaciones que le tributó el público apenas le hacían mella... El teatro le había traído la gloria pero no la felicidad... Había una incomparabilidad poderosa entre la artista rusa y la campesina bondadosa que era ella...

Kane se presentó, al finalizar la función, en su camerino.

—Aquí está el manuscrito de la nueva obra que estrenaremos al comenzar la próxima temporada, para que la lea durante sus vacacio-



nes... Quiero hablarle de ello durante esta misma noche... Ay, chiquilla, ha tenido usted un éxito formidable... Y es que usted lo vale... ¡Es tan adorable!...

Ella suspiró hastiada de tanto cumplimiento.  
—No me trate usted con tanta amabilidad, creo que no podría soportarlo...

—¿Cómo no he de ser amable con usted, yo que soy su creador?...

Ella calló... ¡Antipática creación!

—Y sin embargo, tengo el sentimiento de saber que su fama, por la cual tanto trabajé, no vale nada para usted comparada con... Brett Page.

—Ese asunto de Page ya terminó — respondió ella bruscamente —. Le dije claramente que yo no era ni para él, ni para nadie.

—¿Sí, tú eres para un hombre! — respondió Kane levantándose y abarcando el cuerpo de la muchacha.

Esta, que quería conservar intacta su noble honradez, le rechazó asqueada.

—¡Apártese... No me toque!

—¡Mi Lisa Parsinova es sólo para mí! — dijo Kane descubriendo la pasión que latía en su alma—. ¡Despójate de los convencionalismos de aldea de Lizzie Parsons!...

Las lágrimas casi asomaron a los ojos de la doncella.

—Pero, ¿no ve usted que yo soy y seré

siempre Lizzie Parsons? ¿Que me es imposible seguir viviendo esta mentira?

—Yo te he creado para el mundo del arte... ¡Eres mía!... ¡Sólo la muerte podrá separarnos!

Ella se apartó con un gesto de dolor:

—Sí... sólo la muerte. Soy su esclava!

—Pues entorresca... quíereme, quíereme... mujer...

—Se lo ruego, Kane... déjeme hoy... Mañana le contestaré... Se lo ruego...

Y Kane salió esperando la contestación al siguiente día.

Pero a la otra tarde, Lizzie Parsons abandonaba Nueva York en dirección al campo. Quería descansar, deseaba permanecer ausente una temporada, reponiéndose de aquel cúmulo de emociones.

Aquel mismo día, Page leyó en los periódicos esta noticia:

*La famosa actriz rusa Lisa Parsinova, después de una temporada que ha sido un triunfo continuo, ha salido para Ensenada Verde con el objeto de descansar.*

Este suceso fué para él un verdadero golpe. ¡No haber podido conseguir nada de aquella extraña mujer!

Al día siguiente, Etta, la doncella de Lizzie, se presentó en la casa de Page. Había averiguado su dirección por una tarjeta que un día vió muda a un ramo de flores enviadas a la señora. Conocía que no se había terminado aún la mina que el secreto de la "rusa" podía proporcionarle.

—Poseo cierta sorprendente información acerca de madame Parsinova, que bien vale, a mi entender, mil dólares — dijo a Page.

Negóse el primero a escucharla, rechazando aquella coacción; pero dominado por intensa curiosidad, deseoso de conocer algo de la mujer de moda, aceptó y extendió un cheque por la cantidad pedida.

Etta le entregó el retrato de la aldeanita Lizzie que había sustraído del álbum.

—No es rusa — explicó—. Su nombre es Lizzie Parsons y es natural de una pequeña aldea vecina a Boston. Ella y Kane se han burlado de todos ustedes de una manera admirable...

La más grande sorpresa se pintó en el ro-

tro del joven. ¿Era posible aquello? ¿No podía creer aquel absurdo! Pero ante el retrato de la chiquilla en el que constaba el nombre de Lizzie Parsons, y que se parecía, como una gota de agua a otra gota, a Lisa Parsinova, tuvo que rendirse a la evidencia. Mas advirtió, amenazador, a la doncella:

—Si dice usted una sola palabra de esto a nadie, la mandaré arrestar por difamación.

La criada prometió guardar silencio, satisfecha de haber obtenido dos mil dólares por su descubrimiento. ¡Lástima que negocios así no se presentasen cada día!

Page, desoso de hablar con Lizzie, adivinando ahora todos los escrúpulos de ella, ordenó a su criado:

—Prepare mis maletas. Me voy a Ensenada Verde...

Descaba llegar cuanto antes al encuentro de la mujer amada y mostrarle aquel acusador retrato. ¿Qué diría ella?





A la caída de la tarde, en Ensenada Verde, las palabras de Kane "sólo la muerte podrá separarnos", todavía silbaban en los oídos de Lizzie.

Comprendía que era menester matar a Lisa Parsinova. La gloria no le había traído la felicidad. Podía cambiarse el nombre, trocar una personalidad por otra, pero el alma permanecía inalterable a las transformaciones del capricho. Y ella quería desaparecer, hundirse en la sombra... tenía destrozado el corazón. El hombre que ella amaba le quería únicamente porque era la vencedora, la mujer cuyas aventuras escandalizaban. Pero aunque no fuese así, ella no podía soñar en el amor honrado. Su destino, el destino del nombre que eligió, la llevaba a ser una aventurera, encaprichada por cualquier amor, siempre momentáneo. El amor único, fuerte, que la otra, la Lizzie Parsons, adoraba, éste no podía sentirlo la famosa actriz.

Se dirigió rápida hacia el mar. Había tomado una resolución definitiva.

Alquiló una lancha y se dispuso a dar un paseo.

Un marinero la advirtió:

—No es prudente salir al mar con una cha-

lupa como esta. La niebla es muy densa... Podría ahogarse usted.

Ella sonrió y dijo:

—¡Qué muerte tan romántica para una gran artista!

Y sin arder a los consejos que el buen marinero le dirigía, saltó a la chalupa y se alejó de la orilla.

Y así como Lisa Parsinova vino al mundo repentinamente, así se fué del mundo, también repentinamente.

Decidida a que Lisa Parsinova muriese, la joven encaminó la lancha a las cercanías, depositó en ella el abrigo y varios objetos, y luego se tiró al mar, buscando la orilla, encaminándose hacia tierra. Poco después estaba en salvo y se dirigió lentamente en dirección a su pueblo, no muy distante de Ensenada Verde.

Volvería a recobrar su verdadera personalidad. Estaría de nuevo en el pueblo, olvidando sus penas bajo el nombre de Lizzie Parsons, y a la otra, a Lisa Parsinova, todos la considerarían muerta.

Y así fué... El torrero encontró la barca abandonada y comunicó al puerto el hallazgo.

Nadie dudó ya en Ensenada Verde que la famosa actriz se había ahogado. Y la noticia corrió veloz hacia Nueva York, sembrando la desolación más profunda. ¡Aquella gran artista había muerto! ¡Aquella exquisita criatura había desaparecido para siempre!



Lisa Parsinova pereció, pero de entre la densa niebla que terminó con ella, apareció Lizzie Parsons buscando la estación de ferrocarril más próxima para regresar a su hogar.

Llegó, casi extenuada por la fatiga, a la pequeña estación, y quiso tomar algo en el restaurant para reponer sus fuerzas. Se encontraba fatigada, medio muerta.

—Tome usted una taza de té — le dijeron.

—¡No; té, no! — respondió, acordándose de que había tomado aquella infusión muchas veces en sus días de triunfo.

—Quiero una taza de café, pasteles de pescado, judías al estilo de Boston... ¡Algo que no sirvan en los hoteles de la ciudad!

Y esperó a que le sirviesen uno de aquellos platos que le recordaban su aldea.

Mientras tanto, a causa de la traidora niebla que envolvía todos los objetos en el mar y en la tierra, Page no pudo llegar a Enseñada Verde y tuvo que resignarse a aguardar a que

se despejara el horizonte, en la misma estación ferroviaria donde había llegado Lizzie.

Deseoso de tomar algún alimento, entró en el restaurant y quedó inmobilizado por la sorpresa al ver allí a la mujer que amaba.

—Lizzie Parsons, ¿tú aquí? — dijo con todo el impulso de su corazón.

Ella le miró friamente, sin osar desculeirse.

—Lizzie Parsons — siguió diciendo, y acercándose a ella—, tu secreto es mío... Lizzie Parsons, serás mi esposa!

Lizzie se levantó, deseosa de huir, de abandonar a aquel hombre por cuya causa ella lo había dejado todo.

—No, no; usted a quien quiere es a aquella mujer rusa, aquella mujer que fumaba cigarrillos y destruía el idioma materno por fingir que era extranjera... — dijo la joven llorosa.

El la detuvo con emoción.

—No, Lizzie, es a ti a quien quiero! No me importa cómo te llamas ni qué manera tienes de hablar. Te amo y quiero hacerte mi esposa. Te amo, no porque eres la artista rusa, ni la aldeana de Boston; te quiero porque eres sencillamente la mujer buena, la mujer cuya bondad descubrí yo cuando te fingías una terrible caprichosa. ¡Quiero casarme contigo!

Y Lizzie, para quien Page era el primer amor de su vida, sintió que la vida parecía



volver a sus venas. ¡Aquel joven millonario la amaba! Amaba a Lizzie Parsons, porque la otra, la artista famosa, acababa de morir...

Y no tenía que fingir más; ya no le unía a Kane ningún lazo...

—¿Me quieres, Lizzie? ¿Me quieres?

Y ella, en silencio, como una novia aldeana, le besó los labios.

Acercóse el mozo del restaurante a preguntar:

—¿Quieren los dos judías al estilo de Boston?

—Sí, sí...

Reían con honda felicidad, saludando a la nueva vida que llegaban...

Lizzie abandonaría para siempre el teatro; y la abuelita, desde el más allá, no protestaría porque Lizzie había dejado las tablas... Su nieta sería feliz, casándose con un hombre honrado y rico como Page.

PIN

Próximo número:

la preciosa novela

## EL VALLE DEL SILENCIO

por ALMA RUBENS, LEW CODY, etc.

Son usted coleccionista de

*La Grande Films*

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!

MAÑANA APARECERÁ

el libro 18 de las selectas

EDICIONES ESPECIALES

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

## ¡ADIÓS JUVENTUD!

por la deliciosa CARMEN BONI

¡SIEMPRE LO MÁS GRANDE!

**Ediciones BISTAGNE**

publicación en breve en su

**Colección de Novelas Sentimentales**

la preciosa obra de GABRIEL BERNARD

## **LOS OJOS DEL AMOR**



Libros de esta misma Colección, ya publicados:

**CARIÑO DE MADRE Y CORAZÓN DE MUJER**

por GUY DE TÉRAMOND

**PLACER, DOLOR Y FELICIDAD**

por MILAOROS DE RODIL DE ALBA

---

LA MEJOR BIBLIOTECA  
DE NOVELAS SENTIMENTALES



